

DESALMADOS

Tras este recorrido por las diversas representaciones del alma a través de la Historia en el Arte y la Literatura, se pensó que junto a esta perspectiva debía introducirse la inexistencia del alma. En un desarrollo histórico como el que aquí se muestra comprobamos que en las diversas civilizaciones se ha elegido una forma diferente para simbolizar la psique. Llegados al siglo XIX, encontramos diversas tesis que proponen que todos aquellos fenómenos que hasta ahora habían sido explicados desde la fe pueden ser demostrados a través de la ciencia. De este modo, la existencia del alma, como ente espiritual intrínseca del ser humano, que permanece después de la muerte, comienza a ser cuestionada por diferentes teóricos del momento.

El desarrollo de la ciencia dio lugar a movimientos como el empirismo o el racionalismo que implementaron un cambio de mentalidad y que influyó de forma considerable en la Filosofía, pero también en el Arte y la Literatura. En esta línea, asociamos también al desarrollo de la ciencia durante el siglo XIX a la publicación de diversos relatos y novelas que ponen de manifiesto la disyuntiva entre creencia y ciencia, así como las consecuencias del traspaso de los límites morales en el ámbito científico. Es el caso de la célebre novela de la autora británica Mary Shelley, *Frankenstein* (1818) que propone la creación de una criatura “sin alma” gracias a los avances que experimentaron entonces las ciencias médicas. Ya se ha dicho que en este período histórico son frecuentes las obras literarias que abordan el tema de la pérdida del alma; así Edgar Allan Poe nos da su perspectiva al respecto en su cuento “El aliento perdido” (1846).

En esta sección queda reflejada la negación de la trascendencia del ser humano a través de la obra del filósofo alemán Friedrich Nietzsche. En sus obras *Así habló Zaratustra* (1883-85) y *Ecce homo. Cómo se llega a ser lo que se es* (1888), el autor presenta una visión desarraigada y casi deshumanizada negando la existencia de cualquier tipo de entidad espiritual. Es ampliamente conocida su sentencia “Dios ha muerto” que ratifica su postura nihilista.

Del mismo modo, otro de los temas que la literatura de terror ha desarrollado tradicionalmente hace hincapié en la existencia de criaturas sin alma que se alimentan de sangre humana. Aparece aquí, por tanto, una rica simbología asociada al vampiro y a su condición de criatura sin alma. De esta forma, el vampiro no puede reflejarse en los espejos y el hecho de que se alimente de la sangre hace pensar que a través de la sangre no hace otra cosa más que “absorber” el alma de otras personas. En lo que a criaturas sin alma se refiere, parece lógico hablar de androides y robots. Por este motivo, nos ha parecido interesante la perspectiva que presenta a este respecto la película *Metrópolis* (1927).

Si en una sección anterior se proponía la relación entre el alma y la arquitectura, parece razonable hablar aquí de la arquitectura sin alma que aparece representada en la obra de Christopher Nevinson *El alma de la ciudad sin alma* (1920).

Finalmente, ha sido un tema recurrente la venta del alma que encontramos en *Fausto* de Goethe (1808 y 1832) y que aparece también en un episodio de *Los Simpson*, en el cual Bart Simpson vende su alma a Milhouse (1995).